

2008-06-01

Algunas ideas lonerganianas para la enseñanza de la escritura académica

Germán Bula Caraballo
Universidad de La Salle, Bogotá, gbula@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/lo>

Citación recomendada

Bula Caraballo, Germán (2008) "Algunas ideas lonerganianas para la enseñanza de la escritura académica," *Logos*: No. 13 , Article 6.

Disponibile en:

This Artículo de investigación is brought to you for free and open access by Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Logos by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Algunas ideas lonerganianas para la enseñanza de la escritura académica

Germán Bula Caraballo*

RESUMEN

En este artículo se busca comprender la naturaleza de la escritura académica y comprender también por qué a veces fracasa. Para ello se utiliza la distinción de Lonergan entre la inteligencia del sentido común y la de la teoría, sus ideas acerca de la dinámica inmanente del conocimiento y su noción de autenticidad. Utilizando estas ideas de Lonergan, se concibe a la escritura académica bajo dos aspectos, como proceso de aprendizaje y como proceso de enseñanza. Con esta idea de la escritura académica se refutan cinco falacias comunes acerca de la naturaleza del trabajo académico.

Palabras clave: Lonergan, metafilosofía, escritura, sentido común, educación, autenticidad.

SOME LONERGAN IDEAS TO TEACH ACADEMIC WRITING

ABSTRACT

This article wants to comprehend the nature of academic writing, and why sometimes it fails. In order to do this, a lonerganian distinction between the common sense intelligence and the theoretical intelligence is used. We also use Lonergan's ideas on the immanent dynamics of knowledge and its notion of authenticity. By using these Lonergan's ideas, academic writing is conceived as a learning process and as a teaching process. Finally, based on this notion of academic writing, five popular fallacies about academic writing are refuted.

Key words: Lonergan, meta-philosophy, writing, common sense, education, authenticity

* Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de La Salle. Correo electrónico: gbula@lasalle.edu.co, profesorbula@yahoo.com
Fecha de recepción: agosto 22 de 2007
Fecha de aprobación: septiembre 20 de 2007

INTRODUCCIÓN

Como profesor de primeros semestres de filosofía, a menudo me he enfrentado con la tarea de hacer comprender a los alumnos en qué consiste el trabajo académico; más allá de enseñar uno u otro contenido, he tenido que enfrentar algunas ideas erradas acerca de la naturaleza del quehacer académico. En este trabajo pretendo refutar cinco falacias acerca de la escritura académica que son comunes entre los estudiantes de filosofía, sirviéndome de algunas ideas de Lonergan. Las cinco falacias se enumerarán a continuación, mientras que las ideas de Lonergan que sirven para disiparlas se explicarán en la sección dos.

LA FALACIA DEL GENIO SOLITARIO

“Profe, ¿por qué me saqué tres? Mi trabajo era muy original, y además ahí están mis propias ideas”. Esta falacia consiste en valorar un trabajo por su autenticidad y su originalidad, entendiendo estos dos términos de una manera particular. La originalidad de un texto se entiende como el hecho de que el texto sea diferente a los que comúnmente se entregan. La autenticidad se entiende como que las ideas en el texto provienen de manera exclusiva o casi exclusiva de la mente del autor.

LA FALACIA DEL COMPILADOR

“Profe, ¡pero si en mi ensayo puse todo lo que estaba en las fotocopias!” Esta falacia es la contraria a la del genio solitario. Consiste en pensar que la escritura académica no es nada distinto que el resumir los puntos importantes de una o varias lecturas, una tarea de cortar y pegar que se disimula variando levemente la redacción que se encuentra en los textos fuente.

LA FALACIA DEL DEMÓCRATA POSTMODERNO

“Esa es mi opinión, profesor, y es tan válida como las otras”. Esta falacia, basándose en un relativismo epistémico según el cual todo vale porque ninguna opinión puede pretender ser verdadera, considera que toda idea acerca de un tema es igualmente válida. Se basa también en el lugar común de que todas las personas deben tener igual valor, y sus ideas se deben respetar por igual.

LA FALACIA DE LA SOPA DE LETRAS

“Profe, como me va a decir que no respondí la pregunta del ensayo, si en el tercer párrafo de la segunda página está sugerida la respuesta”. Esta falacia consiste en pensar que un trabajo académico es adecuado si, de cualquier manera, “contiene” los elementos teóricos requeridos. Es decir, no se entiende que un escrito académico debe comunicar sus ideas a un lector, y que fracasa si esto no sucede. Así como en una sopa de letras están contenidas las respuestas, así piensan a veces los alumnos que puede ser un trabajo académico.

LA FALACIA DEL SOMBRERO

“Profe, yo sé que no me pude expresar en el escrito, pero pregúnteme lo que quiera que yo tengo todo en la cabeza”. Esta falacia consiste en pensar que lo importante en el quehacer académico es comprender ciertos contenidos mentalmente, sin importar si estos se cristalizan o no en una producción escrita. Como el sombrero, lo importante es tenerlo en la cabeza.

Si bien el error de estas falacias es más o menos evidente de manera inmediata, queremos mostrar cómo algunas ideas de Lonergan permiten refutar las cinco falacias de manera coherente, al tiempo que muestran, de manera positiva, lo que sí debe ser un trabajo académico.

TRES IMPORTANTES IDEAS DE LONERGAN

DISTINCIÓN ENTRE SABER TEÓRICO Y SENTIDO COMÚN

El sentido común, nos dice Lonergan (1999: 226) es “una especialización de la inteligencia en lo particular y lo concreto”. En esto se distingue de la inteligencia científica, que por su naturaleza busca la universalidad. Por lo tanto, el sentido común no se adquiere de una vez por todas, sino que debe operar en cada situación concreta. La ciencia nos da fórmulas y datos inmutables, el sentido común nos da consejos sin pretensión de universalidad; proverbios, mañas y experiencias pasadas que pueden o no ser aplicables a cada situación pero que siempre deben actualizarse, acomodarse a la situación concreta; lo que siempre requiere nuevos actos de intelección práctica (Lonergan, 1999: 226).

Lonergan insiste en que el sentido común no es ni más ni menos racional que el saber teórico, sino que tiene su propia esfera de aplicación. La comunicación personal, por ejemplo, es un procedimiento del sentido común, no de la ciencia: es imposible crear una ciencia general deductiva de cómo comunicarse con cada persona; esta es una tarea para la cual es necesaria la inteligencia enfocada en lo concreto de la situación: el interlocutor y su estado mental presente, el contexto, entre otros elementos. Tal procedimiento: “(...) es a todas luces lógico, si por ‘lógico’ se entiende ‘inteligente y razonable’. Pero también es patente que ese procedimiento no es ‘lógico’, si por ‘lógico’ se entiende la adecuación a un conjunto de reglas generales válidas en todos los casos de un rango definido; pues ningún conjunto de reglas generales puede seguir el paso a la ingeniosidad de una inteligencia que se adapta a las posibilidades y exigencias de las tareas concretas de la comunicación personal” (Lonergan, 1999: 228).

Como vemos, la diferencia crucial entre el sentido común y el saber teórico es que el segundo es sistemático, deductivo y con pretensiones de universalidad, mientras que el primero consta de un conjunto de intelecciones incompletas que deben completarse en cada caso particular (Campbell, 1993: 6).

Tanto la teoría como el sentido común tienen su esfera de aplicación, y se necesitan mutuamente. Una sociedad guiada exclusivamente por el sentido común se degenera, pues pierde toda autoconciencia histórica y sentido de dirección al enfocarse exclusivamente en los resultados inmediatos (Lonergan, 1999: 283 - ss). Así mismo, la actividad teórica necesita del sentido común; los científicos, por ejemplo, necesitan del sentido común para llevar a cabo sus experimentos de manera adecuada, teniendo en cuenta la situación concreta (Lonergan, 1999: 230).

Más adelante veremos la utilidad que tiene esta distinción para la escritura académica, en la que se debe transmitir un saber teórico mediante un acto de comunicación, que como tal pertenece a la esfera del sentido común.

LA DINÁMICA INMANENTE DEL CONOCIMIENTO

El punto crucial de la filosofía de Lonergan, de donde derivan sus tesis epistemológicas, ontológicas y éticas, está en la atención al proceso de la inteligencia humana. Los patrones de la inteligencia humana son recurrentes, y sus operaciones se pueden entender una en relación con la otra. Es decir, el proceso de la inteligencia humana se puede comprender (Streeter, 1993: 326). De esta comprensión deriva Lonergan sus ideas acerca de la realidad, el conocimiento y la manera auténtica de ser un ser humano.

De esta atención al operar humano inteligente, Lonergan concluye que el deseo puro de conocer es esencial al hombre. Este deseo puro es el interés por

comprender que no está mezclado con intereses de otro tipo; el impulso de este deseo es el preguntar; la pregunta misma es lo que Lonergan llama el “eros de la mente” (Streeter, 1993: 318). La inteligencia humana tiene una finalidad inmanente, un dinamismo inherente que la impele hacia su propia autorrealización (Streeter, 1993: 320). Espontáneamente, la inteligencia pregunta y produce intelecciones que, por su misma dinámica, cuestiona; de modo que la inteligencia se entiende como un proceso, que tiene su propia normatividad inherente (Campbell, 1993: 5 - 11). Es decir, la atención al proceso nos revela la manera en que el proceso se debe dar, si bien muchas veces su curso normativo se ve desviado; es decir, el deseo puro de conocer se ve contaminado por deseos de otro tipo.

De aquí deriva Lonergan su noción de lo real: lo real no es otra cosa que los juicios de la inteligencia en las diferentes áreas especializadas del saber (Campbell, 1993: 17); es decir, los productos del proceso inmanente de la inteligencia, cuando no se ven distorsionados o interrumpidos. Tengamos en cuenta que la inteligencia, por su propia dinámica, pregunta acerca de sus propios productos, así que lo real no es la primera teoría que se nos ocurre para explicar un fenómeno, sino aquella área del saber en la que no quedan más preguntas (Streeter, 1993: 327). La objetividad, para Lonergan, se alcanza realizando siempre preguntas ulteriores a nuestras propias ideas (Campbell, 1993: 13). Lo real, para Lonergan, no es pues un cuerpo que esté “afuera de nosotros” como correlato de la extroversión biológica.

No es necesario casarnos con la ontología lonerganiana, pero la idea general de que las características del proceso cognitivo garantizan el valor del resultado resultará de gran utilidad, sobre todo, para enfrentar la falacia del demócrata postmoderno que ya hemos mencionado.

LA AUTENTICIDAD

COMUNIDAD

El cuadro de la inteligencia humana que hemos dado arriba es incompleto. En efecto, “la gente nace no sólo con un deseo natural de indagar y comprender; nace también en el seno de una comunidad que posee un acervo común de respuestas probadas, y de ese acervo cada quien puede asimilar una porción variable en la medida de su capacidad, sus intereses y su esfuerzo. El proceso auto-correctivo del aprendizaje no sólo se despliega dentro de la conciencia privada del individuo; por las palabras, y más aún por el ejemplo, se produce una comunicación permanente que difunde, comprueba y mejora a la vez cada avance, con el fin de procurar que el logro de cada generación sucesiva sea el punto de partida de la siguiente” (Lonergan, 1999: 225).

Si la inteligencia es constitutiva y esencial al ser humano, y es, a la vez, un fenómeno comunitario, resulta que el ser humano es constitutiva y esencialmente un ser en comunidad. Una comunidad no es otra cosa que un grupo de seres humanos con horizontes comunes: con tareas similares, con un sentido común similar derivado de esas tareas, con valores e ideas acerca del mundo diferente pero muy traslapado (Farrell, 1993: 27 - 28). Nuestro mundo no es el del bebé, una viva confusión de sensaciones, sino un mundo mediado por el sentido (Streeter, 1993: 325), un sentido creado en una comunidad. Siendo los seres humanos seres comunitarios, su genuina autenticidad pasa por la apropiación de los valores de la comunidad que los ha formado; quien entra en una comunidad puede expresar los valores de la misma, y esta expresión es subjetiva, porque estos valores se han hecho propios del sujeto (Farrel, 1993: 47).

Si la real autenticidad pasa por la comunidad, no puede ser sencillamente la expresión de una interioridad pura (que resultaría ilusoria). Más adelante

veremos en detalle cómo se refuta de esta manera la falacia del genio solitario.

LOS PRECEPTOS TRASCENDENTALES

La dinámica de la inteligencia, si se sigue fielmente, implica cinco “preceptos trascendentales” que se deben seguir para ser auténtico, es decir, para seguir la dinámica espontánea y normativa de la inteligencia: ser atento a lo que ocurre en el mundo, ser inteligente, ser razonable, ser responsable, ser amoroso. Es decir, se debe atender a los datos empíricos, explicarlos de manera inteligente, juzgar nuestras explicaciones de manera razonable (y si es necesario, limitar su rango o cambiarlas), obrar responsablemente según el resultado de nuestros juicios y, finalmente, amar el misterio que fundamenta todo el operar humano (Streeter, 1993: 329). Es decir, la autenticidad humana consiste en ser aquello que somos esencialmente, en seguir nuestro deseo puro de conocer (Farrell, 1993: 36).

De nuevo, no tenemos que casarnos con los cinco preceptos lonerganianos (siendo el cuarto más polémico que los tres anteriores, y el quinto más polémico que el cuarto). Lo interesante es que la autenticidad no se identifica por su punto de origen (lo importante no es que lo que hago venga de *mí*) sino en que el proceso dinámico con finalidad inmanente que somos se lleve a cabo según su normatividad interna. Si somos un proceso con una normatividad interna, ser nosotros mismos es una tarea, un llevar a cabo el proceso según su propia normatividad. Esta idea es de utilidad para encarar ciertas ideas de los alumnos que los hacen pensar que las correcciones dadas por el profesor son un ataque a su autenticidad (preexistente), en lugar de una ayuda en su proceso de conseguirla.

LA ESCRITURA COMO ESENCIALMENTE DIALÓGICA

Pasamos ahora a caracterizar la escritura desde un punto de vista lonerganiano. Como hemos visto, el proceso dinámico de la inteligencia cuestiona sus propios productos; por lo tanto, el proceso no es monológico sino dialógico. La escritura, como todo proceso de conocimiento, es el resultado de un diálogo interior, en el que el escritor se escinde para poder criticar sus propios productos. Por otro lado, la escritura es un acto de comunicación dentro de una comunidad por lo que, en este sentido, también es dialógica y, además, pertenece al campo del sentido común. Así como los sujetos son intersubjetivos, los textos son intertextuales (Farrell, 1993: 28 - 29). Quien escribe un texto académico entra en diálogo con una comunidad porque desarrolla sus argumentos a partir de lo que otros autores han escrito (Farrell, 1993: 25).

Además, los escritos académicos son sometidos al juicio de otros miembros de la comunidad, lo que desencadena el proceso autocorrectivo de la inteligencia en comunidad. Si entendemos la escritura académica como una conversación mediada por la tinta y el papel, podemos decir con Lonergan (1999: 225) que “conversar es un arte humano básico; sirve a cada quien para comunicar a otros lo que conoce, y a la vez provoca las contradicciones que dirigen [la atención del conversador] a lo que pasó por alto”. En efecto, el proceso de la inteligencia necesita que sus resultados se conviertan en objetos que ésta pueda contemplar críticamente; así como las intelecciones novedosas de los matemáticos se convierten en símbolos a partir de los cuales se pueden tener nuevas intelecciones, así todo resultado de una intelección debe volverse objeto de reflexión para generar nuevos actos de intelección (Lonergan, 1999: 224).

Vemos pues que la escritura tiene un aspecto de aprendizaje (Farrell, 1993: 24), un llevarse a cabo del

dinamismo de la inteligencia, y un aspecto de enseñanza, el comunicar las intelecciones del escritor a otros miembros de una comunidad. Miremos lo que es la escritura académica bajo uno y otro aspecto.

LA ESCRITURA COMO APRENDIZAJE

Para Lonergan (1999: 224) nuestra inteligencia deseosa de saberlo todo sólo florece “si estamos dispuestos, o nos vemos obligados, a aprender cómo aprender. Y [fructifica] únicamente después de haber descubierto que, si de veras queremos apropiarnos de las respuestas, tenemos que encontrarlas en cierto modo por nuestra cuenta”. La escritura académica, si bien se hace a partir de fuentes, sólo vale la pena en cuanto manifiesta una apropiación de la materia por parte del alumno. Y para esto, el alumno debe no sólo saber a qué lugar llegó Kant o Heidegger, sino recorrer los mismos caminos, encontrar por sí mismo las respuestas. Por lo tanto, la escritura académica es exitosa cuando el escritor se ha embebido de los valores de su comunidad académica y los ha hecho suyos; en ese momento, su escritura expresa a la vez los sentidos de su comunidad y su propia subjetividad (Farrell, 1993: 28).

Esto implica que el escritor debe pasar por todos los momentos dinámicos de la inteligencia; recopilar los datos, interpretarlos inteligentemente y juzgar críticamente acerca de sus propias interpretaciones. Más aún, como la escritura académica debe evidenciar esta apropiación del conocimiento, es deseable que el escritor nos muestre los pasos que ha seguido en su escrito; a diferencia del cocinero que sólo debe mostrar el pastel terminado, el escritor debe decirnos cómo horneó la masa, y de qué manera preparó la crema. De esta manera, comunicará más fácilmente sus actos de intelección a otros, pero esto pertenece a nuestra siguiente sección, la escritura como enseñanza.

LA ESCRITURA COMO ENSEÑANZA

El escritor académico no debe contentarse con expresar lo que ha entendido; debe hacerse entender por una comunidad académica; para esta tarea (no para la de alcanzar la comprensión teórica sobre el asunto que lo ocupa) debe servirse del sentido común que “no sólo expresa lo que quiere dar a entender, sino que lo expresa a alguien; avanza al determinar qué nuevos actos de intelección hay que comunicarle; entabla la comunicación no como un ejercicio de lógica sino como una obra de arte” (Lonergan, 1999: 228). El escritor debe, por ejemplo, determinar en qué orden deben ir las diferentes intelecciones que quiere comunicar, empezando por las que facilitan la comprensión de las siguientes.

Es importante aclarar que la escritura académica participa tanto de la inteligencia teórica como del sentido común. Lo que es aprendido en el reino de la teoría debe ser llevado al reino del sentido común para ser comunicado (Streeter, 1993: 315). El sentido común no se sirve de sistemas formales sino de intelecciones *ad hoc* adecuadas al objeto concreto al que se enfrenta; su lenguaje, pues, será flexible. En este sentido, sólo se pueden ofrecer lineamientos básicos para la escritura académica y consejos sueltos que deben adaptarse a cada caso particular. No tiene sentido, pues, por ejemplo, que la APA exija alrededor de diez palabras en los títulos de sus ensayos (es decir, “¿Qué es la ilustración?” no sirve), o que cada año se actualicen sus normas de modo que haya que comprar una nueva guía para saber ‘La Manera Correcta de Escribir’ ese año.

La escritura académica es enseñanza en cuanto pretende comunicar a otros los actos de intelección propios. Si bien nadie puede tener una intelección por otro, quien enseña puede poner a quien aprende en el camino adecuado. “La enseñanza es la comunicación del acto de intelección. Destaca las pistas, los indicios pertinentes que conducen al acto de intelec-

ción. Atrae la atención con el fin de evitar las imágenes que distraen y ponen obstáculos en el camino de la intelección. Plantea las nuevas preguntas que revelan la necesidad de las nuevas intelecciones en orden a modificar y complementar el acervo adquirido” (Lonergan, 1999: 224 - 225).

Vista la escritura académica como enseñanza, el destacar pistas se convierte en producir ejemplos que iluminen la cuestión; el evitar imágenes distractoras se convierte en un consejo a favor de la parsimonia, de atenerse exclusivamente a la intelección que se quiere comunicar y no añadir temas impertinentes; finalmente, el escritor debe, no sólo plantear preguntas sino darles vida, hacer que la duda de la pregunta se vuelva una duda real para el lector; y, de esta manera, suscitar en él la necesidad de nuevas intelecciones que modifiquen su acervo previo de conocimientos.

Al tiempo que hemos caracterizado la escritura académica, hemos cosechado ya algunos consejos concretos acerca de cómo se debe escribir. La sección siguiente, en la que refutamos nuestras falacias sobre la escritura académica, servirá también como resumen de lo dicho hasta ahora.

LAS CINCO FALACIAS Y SU REFUTACIÓN

LA FALACIA DEL GENIO SOLITARIO

Que un texto sea diferente a los que normalmente se producen en un contexto determinado no le da valor automáticamente. Un texto sólo puede ser original si es auténtico, y la autenticidad deriva de la apropiación de los valores de una comunidad y del despliegue correcto y profundo de la dinámica de la inteligencia. Comparemos este poema recién inventado, titulado “K”: con el texto de John Stuart Mill sobre el sometimiento de las mujeres. En ambos casos se

trata de textos distintos a los que la tradición había venido produciendo, pero uno es brillante y el otro es una estupidez. Lo que sucede es que Mill no sólo hizo algo diferente, sino que la diferencia provino de examinar profundamente las ideas de su tradición (el liberalismo) y, siguiendo el dinamismo de su inteligencia (no adulterada por el conservadurismo ni por una aversión a causar escándalos), se dio cuenta de que la tradición no estaba siendo auténtica consigo misma, que en un país liberal las mujeres no podían ser ciudadanas de segunda clase. Así pues, un texto no es original ni auténtico por ser diferente, sino por ser el resultado de un despliegue acertado de la inteligencia, dentro de una comunidad.

LA FALACIA DEL COMPILADOR

Si bien el escritor construye sus argumentos a partir de fuentes preexistentes, hace algo más que cortar y pegar. El escritor debe apropiarse del contenido de sus fuentes, y esto debe reflejarse en su escritura. El diálogo que el escritor tiene consigo mismo es también un diálogo entre los textos que lo alimentan; si bien el escritor opera con elementos preexistentes, debe utilizarlos para crear algo propio, como un cocinero con sus ingredientes (Farrell, 1993: 32).

LA FALACIA DEL DEMÓCRATA POSTMODERNO

Aún si no aceptamos la idea de Lonergan que lo real es el producto de una inteligencia razonable, responsable y profunda, podemos aceptar que algunos productos de la inteligencia son mejores que otros, en virtud de haber seguido un mejor proceso, en el que la inteligencia se ha cuestionado a sí misma. Aquí se cae el relativismo barato que le da igual valor a todas las ideas; hay ideas que han sido criticadas por la inteligencia, juzgadas, e ideas que no. Estas últimas valen menos, y quien lo niegue no está demostrando que es muy liberal y democrático sino que es un hipócrita.

LA FALACIA DE LA SOPA DE LETRAS

Como hemos visto, la escritura académica es un acto de comunicación, y fracasa en cuanto no logra darse a entender. Por lo tanto, no basta con que la respuesta correcta “esté” en el texto, ésta tiene que darse a entender. Los textos académicos no son contenedores de ideas sino actos de comunicación que, sirviéndose del sentido común, deben arreglárselas para comunicar al lector sus intelecciones. Deben tener ejemplos acertados, que sirvan de pistas para que el lector logre las intelecciones; deben hablar sólo de lo justo para que el lector tenga un acto de intelección, a riesgo de distraerlo; deben, finalmente, antes de responder cualquier pregunta, lograr que el lector se haga las mismas preguntas que el autor.

LA FALACIA DEL SOMBRERO

No sólo es la escritura académica un acto de comunicación en el que las ideas se deben exteriorizar, sino que el proceso de aprendizaje pasa por la escritura correcta. Es por esto que no basta con tener las ideas en la cabeza. Para que los actos de intelección lleven

a actos de intelección sucesivos, es necesario cristalizar las ideas, volverlas objeto de reflexión. Esto se logra mediante la escritura; una vez que las ideas están en el papel y no en la cabeza, es posible ver qué tienen de absurdo, contradictorio o pretencioso. Y sólo entonces es posible corregirlas. La escritura es parte del quehacer académico, no es sólo la manera de demostrarle al profesor que hemos estudiado.

UNA REFLEXIÓN FINAL

Es posible que mucho de lo que se ha dicho en este ensayo, sobre todo tomado aisladamente, parezca verdad de perogrullo. A esto hay que responder, primero, que muchas verdades de perogrullo se olvidan habitualmente con consecuencias funestas (por ejemplo, a varios congresistas nuestros se les olvidó que “más vale estar sólo que mal acompañado”); y segundo, que las falacias acerca de la escritura académica operan realmente en los estudiantes y, peor aún, son fomentadas en algunos casos por los profesores. En este sentido, su desmantelamiento es una tarea importante.

BIBLIOGRAFÍA

Campbell, J. “Insight and Understanding: The ‘Common Sense’, 1993.

Farrell, T. y Soukup P. (ed.). “Rhetoric of Bernard Lonergan” *Communication and Lonergan*. Kansas City: Sheed & Ward, 1993.

Farrell, T. “Writing, the Writer, and Lonergan: Authenticity and Intersubjectivity”. *Communication and Lonergan*. Kansas City: Sheed & Ward, 1993.

Lonergan, B. *Insight*. Salamanca: Sígueme / México: UIA, 1999.

Streeter, C. “Glossary of Lonerganian Terminology”. *Communication and Lonergan*. Kansas City: Sheed & Ward, 1993.